

Mary Heathcliff



Las rosas de los viernes por la tarde
Amor y Mentiras 2



www.editoradigital.info

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



Capítulo 1

–*Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, feliz cumpleaños querida Jessi, cumpleaños feliz* –cantaron los tres adultos a la pequeña que celebraba su cuarto natalicio.

La tarde era calurosa y soleada, pero eso no era lo que la hacía una tarde especial. Era tan especial porque ese día la pequeña Jessica cumplía cuatro años de vida y su madre, Mariana, no podía estar más alegre.

–Sopla las velitas, amor –dijo Mariana a su hija.

–Pero recuerda que debes pedir un deseo –le recordó Gabriel.

La niña sonrió antes de decir:

–Mi deseo es que mi papi vuelva de su viaje y nunca más se vuelva a ir –y enseguida sopló sin notar que los tres adultos a su alrededor opacaban sus sonrisas.

Pero sucedió lo que pasaba siempre que la niña preguntaba o mencionaba a su padre: cambiaron inteligentemente el tema de conversación.

–Ahora, vamos a cortar el pastel –dijo Mariana sacando unas rebanadas que puso en los platos para los cuatro asistentes a la íntima celebración.

–Sí, vamos a comer el pastel –dijo la niña con entusiasmo.

–¿No quieres ver primero tus regalos, Jessi? –preguntó Sonia.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–No. Primero el pastel –dijo la niña que ya dirigía a su boquita una cucharada del succulento manjar.

–Vaya, por lo menos no es materialista –dijo Gabriel arrancando risas de Mariana y Sonia.

Mariana observó a sus amigos, los mejores amigos del mundo.

A Gabriel lo había conocido hacía más de diez años al iniciar sus estudios en la universidad. Desde el mismo inicio se habían hecho más que amigos, eran hermanos y él siempre la había ayudado y apoyado cuando más lo había necesitado, aun cuando su propia familia le dio la espalda.

Sonia era su amiga desde hacía casi un año, cuando había llegado a la agencia y se había hecho pasar por modelo, cuando en realidad era una agente de la policía secreta que buscaba una peligrosa red de trata de blancas.

Hacía cuatro meses Sonia y Gabriel se habían casado, después de una misión tan peligrosa que hasta la misma Mariana había estado a punto de perder la vida. La relación de sus amigos también había peligrado, pero el amor entre ellos era tan grande que había sobrevivido a todo. Ahora eran inmensamente felices.

La charla giró en torno a Jessica, lo grande y linda que estaba. Mariana estaba muy orgullosa de su pequeña. Su hija era lo más importante de su vida desde que había nacido y jamás se arrepentía de haberla dado a luz, aunque el embarazo no había sido una etapa fácil.

El timbre de la puerta sonó interrumpiendo la charla. Fue Gabriel quien salió a atender y a recibir el ramo de rosas que, como todos los viernes en la tarde desde hacía seis meses, iba dirigido a Mariana. Ya fuera en su casa o en la agencia, siempre el secreto admirador le enviaba un ramo de doce rosas rojas.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–Tu encargo semanal de los viernes en la tarde, Mariana –dijo Gabriel sonriendo. Sabía que Mariana detestaba que le llegaran esas rosas.

–Por mí puedes tirarlas a la basura o regalárselas a tu esposa –dijo Mariana cambiando el humor alegre que había tenido hasta hacia unos minutos.

–No puedes hablar en serio. Son hermosas –dijo Sonia–. Es un detalle precioso, el hombre que lo hace debe estar muy interesado en ti.

–Nada de eso –dijo Mariana algo incómoda. Tomó la tarjeta del ramo y leyó su nombre "Mariana García", pero eso no era lo que la inquietaba, sino la caligrafía que ella había conocido tan bien. Un escalofrío pasó por su cuerpo como un mal presentimiento. Arrugó la tarjeta y la tiró al tacho de la basura, como había tirado todos los recuerdos dolorosos.

–Pero no puedes negar que es muy romántico eso de tener un admirador secreto –replicó Sonia–. Siempre quise tener uno.

–¿Ah sí? –preguntó Gabriel fingiendo enfado–. Pues más te vale que no tengas ninguno, porque me voy a poner muy celoso.

Gabriel se acercó a su esposa y la besó en los labios.

–Ese admirador secreto podrías ser tú –dijo Sonia.

–Entonces no sería secreto, amor –dijo él.

–Pero no nos desviemos del tema –dijo Sonia–. Aquí lo que importa es averiguar quien es el admirador de Mariana.

–No, no me interesa –dijo la aludida.

–Pues yo creo saber quien es –dijo Sonia–. ¿Te suena el nombre de Franco Solís?

Mariana sonrió.

–Ese no es el estilo de Franco.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–Claro que no, él es mucho más directo, menos enigmático –dijo Gabriel.

–Y mucho más aburrido –añadió Sonia.

–No es aburrido, es... caballeroso –dijo Mariana—. Y él no puede ser, porque sabe que no quiero nada con él, además de una simple amistad.

–Eso es lo que no me explico –dijo Sonia.

Para nadie era un secreto, que el comerciante y patrocinador de los desfiles de MAGA'S, Franco Solís, estaba enamorado de Mariana. Desde que había salido del hospital hacía seis meses le había confesado que siempre le había gustado y que su accidente le había hecho ver que podía perderla para siempre si no se arriesgaba a declararle sus sentimientos por ella.

Mariana había rechazado cortésmente su propuesta. No quería nada con ningún hombre. Su primera y única experiencia en el amor le había dejado un amargo sabor y ahora sólo quería dedicarle su vida a su hija. Franco le había dicho que no importaba su negativa, estaba dispuesto a esperar y conquistarla, así que la invitaba a cenar, al teatro, al cine y hasta se había ganado la amistad de la pequeña Jessica.

–No lo amo –dijo Mariana simplemente—. ¿Eso te lo explica?

–Lo que no me explico es por qué no lo intentas, Mariana. Franco es guapo, adinerado y te quiere.

–Ya te dije, no lo amo. Él no es el que me envía las flores y ya no hablemos más de esto.

–¿Entonces quién es el de las rosas? Cuando despertaste del coma había un ramo igual y desde ese día te llega un ramo semanal. Por lo que le pude preguntar a la enfermera que estaba esa noche de turno me dijo que era guapo y muy elegante, pero no me dio ninguna descripción.

–No me interesa, Sonia, déjalo ya.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–Si tanto insistes...

Aunque la conversación se encaminó hacia otros temas, la mente de Mariana, como todos los viernes después de la llegada de las rosas, giraba en torno al hombre que las enviaba, porque aunque sus amigos no sabían quién era el enigmático hombre, ella sí lo sabía. ¿Cómo olvidar que en su pasado también hubo rosas los viernes en la tarde?

¿Qué pretendía? ¿Estaba en el país? No atinaba a explicarse la razón por la cual él hacía esto.

El timbre nuevamente los sacó de la conversación, pero esta vez fue Sonia quien se dirigió diligentemente a abrir la puerta, para encontrarse con un guapísimo desconocido.

–Buenas tardes –dijo el hombre alto de voz profunda–. Necesito ver a Mariana y a Jessica.

En un primer momento, Sonia creyó que había visto al hombre en alguna parte, pero cuando lo pensó mejor, se dio cuenta que jamás lo había visto, y que había tenido esa sensación porque el hombre era extraordinariamente parecido a Jessica... ¿era acaso...?

–Supongo que están en casa –dijo el hombre al notar el silencio de Sonia.

–Sí, sí claro... sólo que...

–Que no sabes si me reciba –completó él cuando la vio titubear, para nadie era un secreto que Mariana no lo recibiría con agrado.

–Pues... adelante... –dijo Sonia dándole paso.

Ella entró seguida por el hombre y titubeó al llegar a la sala.

–Mariana... alguien quiere verte.

Mariana y Gabriel alzaron los ojos al mismo tiempo, y al ver de quién se trataba se levantaron de sus sillas como despedidos por resortes.

–¿Qué haces aquí? –inquirió Mariana.

–¿Cómo te atreves a venir a esta casa? –preguntó Gabriel.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–¡Papi! –gritó la pequeña Jessi que corrió a arrojarse a los brazos de su padre.

–¡Princesita! –dijo el hombre, la levantó en brazos y la besó en la mejilla.

–Hoy estoy cumpliendo cuatro años, papi –dijo la niña.

–Ya lo sé. Feliz cumpleaños, princesita –la volvió a besar en la mejilla–. Te traje un regalo, pero te lo daré más tarde.

–Papi, no dije nuestro secreto, no le dije a mami que fuiste a verme el otro día a la escuela, ni tampoco le dije que me llevaste al parque a tomar un helado.

–Que bueno –dijo él.

–Y también pedí de deseo de cumpleaños que no te volvieras a ir –dijo la niña–. ¿Verdad que ya no te vas a ir, papi?

–No, ya no princesita.

Mariana sintió que se tambaleaba. No podía creer lo que oía ni veía. Ahí estaba él... con su hija en brazos y no era la primera vez que se veían!

–¿Cómo te atreves a manipular así a mi hija? –dijo acercándose a él.

Gabriel la tomó del brazo.

–Cálmate, no es bueno para Jessica –le dijo en voz baja–. Sonia, lleva a Jessi a abrir los regalos que le trajimos.

–Ven, Jessi –dijo Sonia tratando de tomarla en sus brazos.

–No. Quiero a mi papi –dijo la niña abrazándose más a él.

–Obedece, Jessica –dijo Mariana enfadada.

–Vamos, princesita, ve con la tía Sonia –dijo el hombre.

La niña se resignó a ir con Sonia, que se la llevó al otro lado de la sala lo suficientemente lejos para no escuchar la explosión que comenzaría ahora.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–Quiero una explicación –dijo Mariana–. ¿Qué haces aquí?

–Vine a ver a mi hija.

–La última vez que nos vimos dijiste que no era tuya... además, por lo que noté ya la habías visto... y ella a ti.

–Es de humanos equivocarse y rectificar –dijo mirando hacia donde la niña destapaba la caja que contenía una muñeca–. Basta verla para notar el parecido. Es exacta a mí, excepto por los ojos. Tiene tus preciosos ojos, Mariana.

Mariana bajó el rostro confundida por la oleada electrizante que la recorrió cuando él pronunció su nombre.

–Es evidente que no le hace bien verte. Lárgate de aquí –dijo Gabriel enfadado.

–Gabriel, Gabriel, Gabriel –dijo el hombre–. Siempre tan sobreprotector, tan bueno, tan generoso. El que sobra aquí eres tú. Por lo que sé te casaste hace poco –volvió a mirar hacia donde estaban Jessica y Sonia–. Una bella mujer, te felicito. Cuídala mucho.

Gabriel hizo ademán de ir hacia él airado. Mariana lo detuvo tomándolo del brazo.

–No le hagas caso, sólo trata de provocarte –le dijo. Luego se giró al hombre–. Vete, Leonardo. No eres bienvenido en mi casa.

–Jessica no opina lo mismo –dijo él yendo hacia donde estaba la niña.

Se arrodilló junto a ella y sacó de su bolsillo una pequeña cajita. En ella había una cadenita con una medallita grabada con el nombre de la pequeña. La sacó y se la colocó en el cuello a la niña.

Mariana todavía no podía creer lo que veía: Leonardo en su casa, con su hija... *Dios, no puede ser verdad.*

Se acercó donde la pequeña hablaba alegremente con su padre ignorando a Sonia por completo.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–¿Te gusta, princesita?

–Sí, papi... pero me gustan más las muñecas.

–Bueno, entonces te prometo que mañana te traeré una preciosa muñeca que se parezca a ti.

–¿De verdad?

–Sí.

–Te quiero mucho, papi –dijo la niñita besando la mejilla de su padre.

Esas palabras no podían dolerle más a Mariana.

No, Jessi, no lo quieras. Él no te quiere, mi niña, él no puede amar a nadie. No le des tu amor porque lo destruirá como destruyó el mío.

Los ojos de Mariana comenzaron a anegarse y aunque trató de no llorar las lágrimas y el dolor eran más fuertes que ella. Gabriel lo notó y puso una mano sobre su hombro.

–No llores, encontraremos solución para esto.

Sonia se acercó a ella y la abrazó.

–Yo creo que es mejor que Gabriel y yo nos vayamos... ustedes necesitan hablar.

–No. No nos iremos –dijo Gabriel con firmeza–. No la dejaré sola con ese cretino.

–Gabriel, no te preocupes –dijo Mariana, aunque ella sí que lo estaba–. No temas en dejarme sola, puedo defenderme.

Gabriel y Sonia se despidieron de la pequeña Jessi, que sólo tenía atención para su padre. Luego se fueron.

–Por favor, cuando se marche llámame a casa, no importa la hora. Necesito saber que tú y Jessi están bien –le dijo Gabriel antes de salir.

Mariana sabía que no podía hablar con él si Jessica estaba presente.

–Jessi, es hora de dormir –dijo Mariana aunque la niña no había cenado y aún estaba temprano.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



–No, mami. Quiero a mi papi.

Leonardo supo que Mariana quería hablar con él sin la presencia de su hija. Así que facilitó las cosas.

–Vamos, princesita, tienes que obedecer a mami –dijo levantándola en brazos–. Te contaré un cuento para que te duermas.

–Sí, papi, cuéntame un cuento –dijo la niña entusiasmada, mientras Leonardo la llevaba a su cuarto y la ponía sobre la cama.

–Había una vez una reina y un rey... –comenzó él.

Mientras Leonardo contaba el cuento de memoria y su hija lo oía atentamente luchando contra el sueño que comenzaba a invadirla, Mariana los observó desde la puerta sin atreverse a entrar. Sin poder evitarlo, su mente viajó a aquella noche de verano hacía más de cinco años, la fatídica noche que cambiaría su vida para siempre: la noche en que tuvo la desgracia de conocer a Leonardo del Valle.



La noche era calurosa y estaba animada.

El nerviosismo se palpaba en el lugar del desfile, y Mariana era la más nerviosa de todas, al fin y al cabo ella no era modelo y no quería serlo nunca. Pero necesitaba el trabajo y cuando Gabriel le dijo que le había conseguido algo en la agencia en la que él trabajaba, ella lo había agradecido enormemente.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



Así que allí estaba, a punto de salir a la pasarela con un bonito traje de noche, diseño exclusivo de uno de los mejores del país. Pero estaba muy nerviosa.

–¿Y si lo hago mal? –le preguntó a otra chica.

–Claro que no, eres lindísima y lo harás muy bien.

Mariana no estaba del todo convencida. Se miró al espejo tratando de encontrar algún error, pero parecía que no había ninguno.

Mariana García tenía veintidós años, era hija única y le faltaba muy poco para terminar la carrera de administración de empresas. Su mejor amigo desde el primer día de la universidad había conseguido trabajo como asistente del administrador de la agencia de modelos Glamour y la había ayudado a ella que también necesitaba un trabajo. Físicamente Mariana era una mujer bella: era alta, más que la mayoría de las mujeres, su cuerpo era delgado y esbelto, pero con curvas seductoras donde debe estar redondeada una mujer. Su cabello era largo, de color castaño y se rizaba en ondas que la hacían ver más bella. Su rostro ovalado era armonioso, de labios carnosos y delineados y nariz pequeña y respingada, pero lo más llamativo eran sus ojos, de pestañas espesas y crespas, y un color verde oliva que le conferían una belleza exótica.

–Ya te toca, Mariana –le dijo Silvia, la encargada de las modelos.

–Estoy nerviosa –dijo la muchacha.

–Todas lo están, pero vas a salir muy bien.

Y así fue. Su salida a la pasarela fue triunfal y al final del desfile muchos hablaron de la bonita modelo de los ojos verdes. Mariana estaba exultante. El desfile había salido a la perfección.

Como siempre, después del desfile se ofrecía una pequeña reunión en la que empresarios y diseñadores concretaban negocios. Las modelos estaban invitadas y además usaban los trajes que habían desfilado.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



Pero a pesar del éxito, Mariana no se sentía en su mundo. Por eso salió un momento al jardín a tomar aire y pensar en el futuro mejor que la esperaba, y no precisamente en el modelaje.

–¿Por qué una chica tan hermosa y talentosa podría querer estar sola? –preguntó tras ella la voz más profunda y seductora que jamás hubiera escuchado.

Se giró y entonces vio al hombre más guapo y varonil que hubiera conocido en toda su vida.

Era muy alto y un cuerpo atlético con pectorales, brazos y piernas musculosas se adivinaba bajo el costoso traje. Tenía porte y elegancia. Su cabello era negro y estaba perfectamente recortado. Su rostro tenía rasgos muy masculinos y marcados, y sus hermosos ojos oscuros le sonrían al igual que los magníficos labios seductores.

Ella no pudo evitar responder con otra sonrisa.

–Sólo quería tomar un poco de aire. No estoy acostumbrada a esto.

–Escuché que es tu primer desfile –le dijo acercándose más a ella.

–Sí, así es.

–Lo hiciste muy bien. Tu presencia se impone en la pasarela.

–Gracias –dijo ella bajando tímidamente el rostro.

–¿Gracias? –preguntó él–. ¿Por qué?

–Por el piropo.

–No es un piropo es la verdad. Nunca agradezcas porque te digan la verdad –le dijo.

Ella le sonrió y se sonrojó.

–Es que... no estoy acostumbrada a todo esto... se me hace muy raro...

–Verás cómo con el tiempo te acostumbras. Tu carisma hará que llegues muy lejos y también tu aire de inocencia.

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



El sonrojo se profundizó en el rostro de la joven. Pensó que lo más inteligente sería huir de ese hombre que la hacía sentir cosas extrañas.

–Con permiso... tengo que volver a la fiesta –dijo comenzando a alejarse, pero él la tomó del brazo haciendo que una corriente eléctrica corriera por la espalda de la joven.

–Espera. No fue mi intención enfadarte.

–No estoy enfadada...

–Entonces estás avergonzada. Lo lamento –dijo él aún reteniéndola–. Ni siquiera me has dicho tu nombre.

–Mariana. Mariana García.

–Es un nombre angelical, tanto como tú...

Ella se sonrojó de nuevo.

–De nuevo te sonrojaste. ¿Sabes lo atractivos que me parecen los sonrojos de una mujer?

Ella se giró para marcharse, aunque él aún la retenía.

–Yo soy Leonardo del Valle –la soltó para tenderle la mano. Ella se giró la aceptó, le parecía descortés irse y dejarlo hablando solo. De nuevo la oleada de sensaciones la invadió–. Y lamento incomodarte, pero eres una mujer muy bella y no puedo evitar decírtelo. Prometo no volver a hacerlo si no quieres.

Ella le sonrió.

–Es que... ya le dije, no estoy acostumbrada...

–¿Y entonces a qué te dedicas, digo, cuando no estás hechizando con tu belleza desde la pasarela?

–Aún no termino la universidad...

En los siguientes cuarenta minutos, Mariana le contó todo lo referente a ella. No sabía por qué, si siempre le había costado abrirse con la gente. Pero estar ahí con ese hombre era distinto. Le inspiraba confianza a pesar de su porte imponente y además nunca antes se había

Las rosas de los viernes por la tarde

Amor y Mentiras 2

Mary Heathcliff



sentido tan protegida. Era como si por estar con él jamás le fuera a ocurrir nada malo.

–He estado mucho tiempo fuera, creo que debo volver –le dijo ella después de notar que había estado largo rato hablando con él.

–Está bien. ¿Podemos vernos de nuevo?

–¿De nuevo? –preguntó Mariana asombrada de que un hombre como ese quisiera ver de nuevo a una chica tan normal como ella.

–Claro. Tal vez salir por ahí a tomar algo.

–Sí, claro. Por mí encantada –dijo Mariana antes de volver a la fiesta.

Leonardo sonrió al verla alejarse. Hacia mucho no veía a una mujer como ella: hermosa y con pose angelical. Eso le gustaba tremendamente. Esa mujer le gustaba tremendamente y si era como a él le gustaban, mejor aún.

Desde que había salido a la pasarela no le había quitado los ojos de encima. Era bellísima, como ninguna de las otras. Después averiguó con Valeria que era una de las nuevas modelos y se planteó el reto: conseguirla a como diera lugar. Al fin y al cabo él siempre conseguía cualquier cosa que quería. Y entonces la había seguido... y notó que él no le era indiferente. Sabía cuando le gustaba a una mujer.

Se planteó el plan de acción sonriendo. Dentro de muy poco la hermosísima Mariana sería su nueva amante.

Las rosas de los viernes por la tarde
Amor y Mentiras 2
Mary Heathcliff

